

este ejemplo: y á Puebla de los Angeles se debe la gloria de haberla ideado y promovido.

“Que unos que otros individuos, ó bien que algunas familias del nuevo continente hayan ido á Roma, no lo negamos. Pero que tantos, y con el carácter formal de representantes de todas las clases sociales de su nación, y con el objeto exclusivo de tributar de viva voz los homenajes de filial obediencia y acatamiento al Vicario de Jesucristo, emprendiesen una peregrinación á Roma; esto, lo repetimos, es la primera vez que se cumple. Tampoco podemos negar que sea un hecho imponente y grandioso el que Austria, Alemania, Bélgica, España, Francia, Irlanda, Hungría y otras naciones del antiguo continente hayan hecho y sigan haciendo sus peregrinaciones al Prisionero Apostólico en el Vaticano. Pero que desde tan lejos los mexicanos la cumplan, esto quiere decir algo de más sorprendente y deslumbrador.

“Y la razón á nuestro ver es, porque esta peregrinación manifiesta la viva y ardiente fe de una nación, la cual, á pesar de ser atribulada con una bárbara é insensata guerra que hacen á su religión, á aquella religión que de la barbarie de los sacrificios humanos la elevó á una nueva vida; á pesar de las inmensas distancias y de la escasez de medios para recorrerlas, lo que la priva de la mayor frecuencia de los Sacramentos y de la solemnidad de las augustas ceremonias de los sagrados misterios; á pesar de ser muy corto, en comparación de la grande multitud de fieles, el número de los sacerdotes para oír más á menudo las instrucciones y sermones sagrados; á pesar de estos y otros obstáculos, la Nación Mexicana conserva inquebrantable su fe y su amor á la Iglesia Católica, cuyo centro de unidad es el Pontífice Romano.

“¡Qué bien se aplican á León XIII las palabras que el profeta Isaías dirigía á la Iglesia de Cristo, la cual él vió simbolizada en la ciudad de Jerusalem: “Tiende tu vista al rededor tuyo y mira: todos estos se han reunido para venir á ti: de lejos vienen tus hijos.” (Is. 60, 4.) ¡Padre Santo! una bendición particular á esta Nación tan favorecida de la Virgen Madre de Dios bajo el nombre que la misma Virgen se dió de Santa María de Guadalupe, y tan combatida por las sectas tenebrosas, enemigas de todo bien: bendición que le infunda mayor constancia en la fe, y siempre nuevo valor en el combate: *in fide constantiam, et in tentatione virtutem.*”

CAPÍTULO SÉTIMO

Recepción del Sr. Obispo.—El Bolivia levanta anclas.—Impresiones á bordo.—Discusiones.—Un incidente en la mesa.—Primer día de navegación.—Quejas de los peregrinos.—Actitud de la Comisión.—La mar se agita.—Discusiones en el *Smoking room*.—La calma.—Los peces saltadores.—El cable submarino.—Un buque á la vista.—La mar irritada.—Los mareados.—Desaliento.—Restablécese la calma.—El halcón.—Renace la alegría.—El salón de música.—¡Mañana veremos tierra!—El ejercicio del Mes de María.—Una fragata de guerra.—La ballena.

A LAS cinco de la tarde del 16 de Abril, un cuadro animadísimo se presentaba á la vista á bordo del vapor Bolivia, anclado como á una milla del muelle de la Compañía propietaria de dicho buque. Un grupo numeroso de peregrinos se hallaba sobre cubierta esperando la llegada de un remolcador que rápidamente se acercaba á la nave. El remolcador conducía al Ilmo. Sr. Portillo, al Sr. Vicario capitular de Puebla, y á otros mexicanos que habían quedádose en tierra. Pronto se juntó con el Bolivia y las personas esperadas se trasbordaron. Un viva entusiasta saludó al Presidente de la Peregrinación, y las melodías del Himno Nacional mexicano, resonaron por los aires. El regocijo se retrató en los semblantes de los mexicanos viéndose reunidos á bordo y con su Presidente á la cabeza.

A esta sensación de alegría siguieron bien pronto las de asombro para unos, de espanto para otros y de grata conmoción para pocos. El buque levantaba anclas: principiaba á sentirse un movimiento extraño, como el que producen nuestros temblores en tierra. Los peregrinos comenzaron á mirarse unos á otros.

Imponente es el acto de ponerse en movimiento una nave, principalmente cuando se va á emprender una larga travesía por mar. Los gritos de los marineros obedeciendo en sus maniobras á la voz de mando del capitán y de los oficiales; el crujir de las cadenas y de los cables al levantarse las pesadas áncoras; el extraño ruido de los émbolos de la máquina, el ir y venir de la gente sobre cubierta; todo contribuye á impresionar al viajero, mayormente cuando es la primera vez que se encuentra á bordo. Júzguese cuál sería esta impresión tratándose de señoras y señoritas que nunca habían salido del lugar de su nacimiento: valorícese lo que sería en ancianos valetudinarios, y en niños inexpertos que acababan de separarse del hogar materno.

—¿Ya vamos caminando? preguntaba una joven señorita á Monseñor Treviño, que de pie apoyado sobre la barandilla del buque observaba sereno lo que pasaba á su alrededor.

—Sí, señorita, respondió, vamos caminando; vamos alejándonos de la tierra. Ahora sí es verdad que vamos á Roma, y ya no es tiempo de arrepentirse.

—¿Ay Ignacio! exclamaba llorando la bella señora de Salazar, dirigiéndose á su marido. ¡He de separarme de mis hijos! ¡Dios mío! Y esto no tiene remedio. ¿Qué hago?

—Hijita, decía el Lic. Salazar; tranquilízate. Nuestra separación va á ser de pocas semanas. Acabamos de saber en Nueva-York que los niños están bien. Al lado de su mamá grande no les hacemos falta nosotros. Cálmate, vida mía, te lo ruego.

—¿Cómo he de estar tranquila y serena, cuando los mares van á separarme de mis hijos? Esto no puede ser. . . . y la señora seguía deshaciéndose en llanto.

Su excelente marido continuaba en vano esforzándose por consolarla.

Tristemente sublime era aquel cuadro de la madre lamentando la ausencia de sus hijos; á la vez que interesaba la actitud del padre procurando ahogar sus propios sentimientos para consolar á la compañera de su vida en aquella terrible situación.

Tipo de amor maternal es la mujer mexicana, que sólo vive para sus hijos; que en ellos tiene todas sus complacencias; que á ellos dirige todas sus aspiraciones. La mujer mexicana es la que amamanta personalmente á su hijo; la que se sacrifica por él, la que lleva su amor hasta el heroísmo. Contraste forma con este tipo el de la mujer de otros países, que apenas ha recibido en sus brazos al pequeño sér que dió á luz, le abandona á los cuidados de una nodriza mercenaria, que frecuentemente carga con él para llevarlo al campo. Esas madres no merecen tan honroso título; esas mujeres, que así sacrifican á la moda ó á conveniencias sensuales, un sentimiento tan puro, tan noble, tan natural, no son acreedoras, por cierto, á las atenciones y á la consideración de sus maridos, y en vano desearían en las circunstancias de la señora de Salazar, verse objeto de la tierna solicitud y de los eficaces consuelos que en el alma atribulada de aquella interesante señora vertía con amor su recomendable esposo.

—¿Y hemos de caminar durante 20 días en este inmenso edificio? Decía el Sr. Icaza, dirigiéndose á uno de los miembros de la Comisión. ¡Veinte días á bordo! Esto va á ser insoportable.

—No serán veinte días, contestaba el interpelado: me ha asegurado el representante de la Compañía, que la duración ordinaria del viaje á Nápoles es de quince días; dos semanas, que como quiera se pasan.

—Cómo se conoce que V. no ha navegado nunca. Si V. supiera lo que se sufre á bordo, y mayormente cuando uno se marea, como á mí me sucede y ya estoy sintiendo que me va á suceder. . . . Veinte días, y aun cuando sólo fueran quince, es un tiempo muy largo para los que vamos á ir fastidiándonos en esta casa flotante. ¡Oh, si yo hubiese previsto que tal iba á ser la duración de este viaje. . . .!

—Pero, señor mío, vd. está anticipándose los males. Primeramente, no tenemos ningún dato cierto de que partir para asegurar que la travesía durará más ó menos. Después, no debemos olvidar que desde que emprendimos el viaje que venimos haciendo, hemos contado con que habríamos de pa-

sar algunas molestias. Hasta ahora ningunas hemos sufrido, porque los nueve días precedentes han sido de satisfacción y contento. Si ahora principiamos á sufrir algunas contradicciones, más por lo que tememos que por lo que experimentamos, no debe abatirse nuestro ánimo, antes bien debemos prepararnos con la resignación para recibir impasibles los males que nos puedan sobrevenir. Por lo demás, hasta ahora no nos inquieta otro temor que la duración del viaje, cinco ó seis días más de lo que creímos; y ¿qué son cinco ó seis días para realizar una excursión como la que venimos haciendo, reunidos muchos mexicanos, todos católicos, es decir, todos hermanos, formando una sola familia? Estamos á bordo de un buque cuya construcción y dimensiones nos aseguran humanamente de que no corre peligro nuestra vida en la navegación. Por último, ninguno de los presentes somos responsables ni tenemos que reprocharnos haber dado causa á los males que presentimos: si estos sobrevienen á nuestro pesar y fuera de nuestra previsión, debemos soportarlos pacientemente, que bien recompensados serán con las satisfacciones que nos aguardan.

—Señores, decía á esto Aguilar y Ortiz, este es un negocio que, como quien dice, no tiene remedio: sean quince ó veinte días, nosotros llegaremos al término de nuestro viaje, y cuando estemos en tierra será negocio de que no nos acordaremos de lo que hayamos sufrido.

—Todo está bien, decía otro sacerdote en tono de vehemencia; esas reflexiones serán muy filosóficas y cristianas; pero el hecho es que nosotros hemos sido víctimas de un engaño. La Comisión organizadora nos ofreció que la travesía de mar no excedería de catorce días, y el solo hecho de hallarnos á bordo de este inmenso buque está demostrando que es imposible llegar á Nápoles en ese tiempo. Yo he navegado muchas veces, he hecho la travesía que vamos á recorrer y aseguro á ustedes que en este vapor no tardaremos menos de los veinte días que asegura el P. Icaza. ¿Cómo podemos conformarnos con ser engañados de esta manera?

—Señores, repuso el Sr. Abarca, no creo que la Comisión,

de cuya solicitud y empeño tenemos ya tan repetidas pruebas, ha tenido la intención de engañarnos. Si engaño ha habido, la Comisión ha sido la primera víctima. Ella fué informada de que el viaje duraría catorce días, y así nos lo dijo porque así lo creía y así lo había contratado. Si la Compañía contratante no ha cumplido, acaso á pesar suyo, con esa estipulación, no es justo hacer reproches á quienes como hemos visto, se han esforzado en proporcionarnos economías de dinero y de molestias en el viaje, y á cuya solicitud debemos que se esté realizando una excursión que no hace muchos días se creía imposible. Por lo demás, señores, debemos considerar que el número de pasajeros de primera clase que aquí venimos no podía ser transportado en un buque pequeño y de rápida andadura; necesitábamos una nave como la en que venimos y las de este porte en lo general no son las que más velozmente caminan.

Un toque de campana que agitaba un criado sobre cubierta, vino á poner término á la anterior discusión. Llamábase á los viajeros á comer. A guisa de frailes ó de colegiales fuimos descendiendo al comedor y nos colocamos en los asientos que á cada quien le pareció. El Ilmo. Sr. Obispo, guiado no se sabe por quién, fué á sentarse en una de las mesas en que habían colocádose unos extranjeros que venían á bordo. Las señoras que á estos acompañaban no entraban todavía en la sala. Cuando fueron llegando, uno de los criados, sin conocer acaso la alta dignidad de nuestro presidente, se permitió indicarle que se levantara de su asiento para que pasase una de las señoras; el Prelado con humildad obedeció á esa indicación y se levantó ocupando el asiento inmediato; pero llegó otra señora y se repitió la misma indicación al Sr. Obispo para que lo cediera á la recién venida. En esta vez el Sr. Portillo sintió ajada su dignidad, y sin decir una palabra se levantó de su asiento para abandonar el salón. Luego que nos apercebimos de que el Prelado se salía del comedor, averiguamos la causa y habiendo sido informados de ella, como si un resorte nos hubiera movido, nos salimos todos precipitadamente. El Comisario que esto ad-

virtió, vino en nuestro seguimiento. Duros reproches le hicimos por la descortesía del sirviente: vehementes y acaloradas vociferaciones se hicieron oír de parte de algunos. El Comisario trató de calmarnos y se acercó al Sr. Obispo para darle satisfacciones: el Prelado oyó aquellas explicaciones; pero resolvió no volver á la mesa. Entonces los señores de la Comisión se acercaron á Su Señoría: hablaron con él y después con el Comisario; obtuvieron de éste la más completa satisfacción, que consistió en que el Presidente de la Peregrinación fuese á ocupar el asiento del Capitán. Redobláronse entonces las súplicas al Sr. Obispo para que volviese al salón, á las cuales accedió, y ocupando el lugar del Capitán, los peregrinos se tranquilizaron, tornando cada quien á su respectivo asiento. Así terminó este desagradable incidente, que causó no poco disgusto á todos; pero que sirvió para que en lo sucesivo los empleados y la servidumbre tratasen al Illmo. Sr. Portillo, con todos los miramientos que á la dignidad episcopal tributamos los católicos.

Terminada la mesa sin otro incidente, subimos al salón de desahogo y allí arrodillados se entonó la letanía de los Santos, cantándose en seguida las otras preces de la Iglesia. Avanzando la noche nos retiramos á nuestros camarotes.

¿Seguiremos día á día el curso de la navegación en los veintidós que permanecemos á bordo del Bolivia? El relato sería monótono, como lo fué la misma navegación. Nos tendremos solamente refiriendo lo que sea digno de interés y pueda inspirarlo á los lectores de estas memorias.

El 17 de Abril, que contaremos como el primer día de navegación, gozamos de un hermoso tiempo. La nave se deslizaba ligera sobre una mar tranquila, sin producir en el interior sacudimientos ni trepidación sensible. Muchos de los pasajeros, sin embargo, comenzaron á sentir los efectos del mareo. El Padre Icaza, desde ese día, permaneció acostado: las señoras de la familia López Portillo no salieron de sus camarotes. Otra multitud de personas se veían desalentadas, y pocas nos paseábamos tranquilamente sobre cubierta. Entre los de 2ª y 3ª clase, había la mayor parte mareados. El

Illmo. Sr. Obispo, acompañado de uno de los miembros de la Comisión, los visitó en sus camarotes, y juntos rezaron el Rosario, concluyendo con tiernas alabanzas cantadas por los circunstantes.

El día 18 pasó sin novedad. La crónica no registró incidente alguno, fuera de las inquietudes de los mareados y las quejas y reclamaciones de los romeros. Un individuo de la Comisión visitaba de uno en uno los camarotes de 2ª y los departamentos de 3ª

—Buenos días, Padre, decía al religioso Fr. Ignacio Arriola, que yacía en el lecho desde que comenzó á moverse el buque, ¿cómo se siente Vd.?

—Malo, señor, muy malo, contestó con voz ahogada el paciente.

—¿No quiere Vd. que veamos al médico?

—No, señor, ¿para qué necesito al médico? Lo que necesito es salir de este buque; no aspirar esta atmósfera que me mata.

—Es verdad, Padre; lo que Vd. debía hacer, era subir á cubierta á respirar el aire libre: mientras esté encerrado en el camarote, no se le quitará el mareo.

—Pero, si no puedo levantar la cabeza.

—Haga Vd. un esfuerzo por salir de aquí: vamos, ¡ánimo! y deje esta alcoba.

—Más tarde veré si me es posible.

Al salir el comisionado del camarote del Padre Arriola, se encontraba con uno de los señores de Jilotepec.

—¿Qué hacemos con el señor Cura? preguntaba en tono de amargura.

—¿Cuál de ellos? interrogó á su vez el comisionado.

—El señor Cura Soto, de Jilotepec.

—¿Pues qué tiene el apreciable señor Cura?

—¿Qué ha de tener? que no ha podido probar bocado desde que entró en el buque, y está muriéndose.

—¿Muriéndose? preguntó azorado el individuo de la Comisión.

—Sí, señor. Figúrese Vd. cómo puede vivir un hombre sin comer dos días.

—Hágame Vd. favor de dirigirme á su camarote.

—Venga Vd. conmigo. Y los dos se encaminaron en la dirección indicada por el primero.

—Señor Cura, dijo el comisionado entrando en el camarote, ¿qué le pasa á Vd.?

—No es gran cosa, señor, tengo un malestar en el estómago, que no me permite moverme de la cama, ni puedo tomar alimento.

—¿Tiene Vd. calentura?

—Creo que no, pero me siento muy debilitado.

—Es necesario, señor Cura, que se haga Vd. violencia para comer.

—Me la hago, y he tomado alguna cosa, pero mi estómago no consiente nada.

—Pues, señor, Vd. á lo que veo no adolece de otra enfermedad que el mareo; es indispensable que procure sobreponerse al malestar que le aqueja y haga lo posible por salir de la atmósfera de este cuarto y tomar el aire libre.

—Agradezco á Vd. su consejo y voy á seguirlo.

Nuestro comisionado se despidió del Cura de Jilotepec, convencido de que no estaba muriéndose como había asegurado su feligrés. No anduvo muchos pasos sin encontrarse con un grupo de peregrinos, entre los cuales hallábase el estimable D. Vicente Palacios.

—¿Qué tal, mi Sr. D. Vicente? ¿Cómo lo van pasando ustedes?

—Malísimamente, señor. Yo, gracias á Dios, no me he enfermado; pero esta comida es malísima, y acabará por dar al traste con mi salud. Casi no se puede comer lo que nos dan.

—Pues ¿qué alimentos les han suministrado?

—Considere Vd., señor, que en la mañana, á los de 3ª clase, nos dan por desayuno, café aguado y pan en abundancia: en el almuerzo, ayer nos dieron una gran cacerola de macarrón y un pedazo de carne; el vino lo sirven á discreción; pero hoy no dieron carne: á la noche nos servirán una ración

de pescado y café. ¿Cree Vd. que puede uno vivir con tan mezquina alimentación?

—Efectivamente, deben extrañar ustedes la falta de la carne. Ignoraba yo esto y voy á dirigir mi reclamación al Comisario del buque. Lamento en el alma que personas de la condición de Vd. hayan tomado pasaje de 3ª clase.

No había acabado de hablar nuestro amigo, cuando se presentó la excelente Sra. Severa Mondragón de Pizarro.

—¡Ay, señor! Cuánto deseaba ver á Vd. para comunicarle mis penas.

—Señora, dígamelas Vd., que haré lo que de mí dependa para remediarlas.

—¿Qué mal estamos los de segunda clase! ¿No ha percibido Vd. el mal olor que aquí se experimenta?

—Es verdad, señora, no es agradable el olor del carbón de piedra, y combinado con el de los desinfectantes, se hace á veces insoportable. Por eso yo me vivo sobre cubierta y á eso atribuyo el no haberme mareado. Esta molestia es inevitable á bordo. ¿Cómo tratan á ustedes en los alimentos?

—Malísimamente, señor: sirven unas comidas tan extrañas, que no es posible comer á gusto. Para mí es un sacrificio sentarme á la mesa; pero lo que me aflige no es esto, sino ver sufrir á estos pobrecitos señores de tercera. ¿No ha visto Vd. cómo les dan los alimentos en cacerola de hoja de lata? Me parecen soldados ó presos. Y luego tenerlos en esa especie de galleras; pobrecitos! Se me oprime el corazón de ver al señor Cura de Jilotepec. ¿No lo ha visto Vd.?

—Sí, señora, acabo de hacerle una visita.

—¿Y no le ha conmovido á Vd. ver á una persona tan respetable instalado en ese departamento?

—Me ha dolido, en verdad, señora; pero ¿es posible cambiar la disposición interior del buque, igualando en comodidades á los pasajeros de distintas categorías? Acababa yo de decir al Sr. Palacios que lamento muchísimo ver en esta clase, á personas acostumbradas á vivir con ciertas comodidades. Ya he dicho más de una vez, que fué un error de la Comisión organizadora, el haber ofrecido á los peregrinos pa-

saje de 2ª y 3ª clase. En mi opinión, debiera haberse dado solamente de 1ª para todos. Todos somos hermanos, constituimos una sola familia, y nos duele venir separados á bordo y que unos no disfruten de las ventajas de que gozan otros. Pero esto ya no tiene remedio y la Comisión no merece reproche por haber incurrido en este error, hijo de la inexperiencia en organizar esta clase de expediciones; porque fué guiada por el noble propósito de facilitar á los pobres el medio de tomar parte en la Romería. Por lo demás, los que venimos en las clases superiores, debemos estar edificados de presenciar el voluntario sacrificio que se han impuesto las personas distinguidas por su educación y por su posición social, que no vacilaron en aceptar los inconvenientes de tomar pasaje en clase muy inferior á su calidad, por llevar adelante su propósito de venir en la Peregrinación.

—Todo lo que está Vd. diciendo, replicó la Sra. Mondragón, es la verdad; pero ¿qué no sería posible sacar al señor Cura del departamento de 3ª y pasarlo al de 2ª? Junto á mi camarote hay uno desocupado.

—Señora, no solamente es posible, sino fácil, hacer la traslación que Vd. desea; pero es necesario pagar el exceso del pasaje: ya he arreglado con el Comisario algunos cambios semejantes. Si el señor Cura está conforme, no tengo inconveniente en ir á ver al Comisario.

—¿Cómo no arregla Vd., insistió la señora, el que permitan que se haga el cambio sin pagar nada? ¿qué pierden con ello? hay lugares desocupados, nada les cuesta á esos señores proporcionar este alivio á un enfermo.

—Creo que no lo conseguiré, dijo el Comisionado; pero voy á intentarlo.

Estos y semejantes diálogos pasaron entre el visitante y algunas otras personas visitadas. Todos los enfermos del mareo se hallaban naturalmente disgustados; reclamaban por la comida, por el camarote, por el trato de los sirvientes, por el movimiento del buque; reclamaban hasta porque se les obligaba á salir de los camarotes para hacer la desinfección y el aseo de los departamentos. Y estas reclamaciones

iban dirigidas á la Comisión organizadora, y el Secretario, representante de ésta, ocurría al Capitán y al Comisario, apoyando las reclamaciones que lo merecían, y exigiendo que se pusiese el remedio á los males, que era posible remediar. Oigamos algunos de los diálogos que tenían el Secretario de la Comisión y los empleados superiores del buque.

—Venga Vd. acá, Galano, decía el Secretario dirigiéndose á un tipo como de sargento mayor, que hacía los oficios de intérprete en los departamentos de 2ª y 3ª

—Mándeme el señor presidente, contestaba aquel, cuadrándose militarmente y llevando la mano á la visera de la cachucha.

—Mis compañeros de 3ª clase, manifiéstanse muy quejosos del mal servicio á bordo. Varias veces he recomendado á Vd. que me haga favor de que se les trate como merecen. Creo que en el tiempo que lleva Vd. de estar cerca de ellos, habrá comprendido que no son gente ordinaria ni vulgar como la que acostumbran recibir ustedes en la expresada clase. Es necesario, amigo mío, que se remedien los males de que se quejan esos señores, ó me verá precisado á dar conocimiento al capitán de lo que pasa.

—Señor presidente, yo puedo asegurar á Vd. que por mi parte, pongo todos los medios para que la asistencia de los señores de 3ª sea tan esmerada como lo permite el reglamento del buque y los elementos que tenemos á nuestra disposición. ¿De qué se quejan los mexicanos?

—Pues se quejan de que se les sirve la comida en cacerola.

—Señor, no tenemos en la 3ª clase otra vajilla de que disponer. Siempre á los de esa categoría se les han servido los alimentos de esa manera. ¿De qué otra cosa se quejan?

—De que la comida es insuficiente.

—¿Insuficiente? Pero si les damos por la mañana, té ó café; al almuerzo, se les sirve una gran porción de macarrón, que la mayor parte no se lo toman; por la tarde, se les da pescado ó patatas y té, y diariamente una abundante ración

de pan, que tampoco se lo acaban, y vino á discreción. Tres veces á la semana reciben un buen trozo de carne.

—¿Y cree Vd. que solamente tres veces á la semana tiene hambre la gente? La necesidad de comer, amigo mío, es diaria y debe satisfacerse diariamente.

—Pues, señor presidente, no se ha servido más á bordo á los de 3ª clase; infórmese Vd. si á los italianos mis compatriotas que vienen en la misma categoría, se les da otra cosa: esos mismos alimentos recibimos nosotros y la tripulación, y ¿cree Vd. que nunca se quejan de hambre?

—Los italianos, sus compatriotas, serán gente infeliz para quienes la miserable comida que reciben aquí, les parecerá un banquete.....

—Permítame Vd., señor presidente, que le diga que cabalmente porque son pobres han tomado pasaje de 3ª, y porque yo no soy rico estoy sirviendo este empleo que tantas molestias me ocasiona. Siempre en la proa no caminan otras personas que los pobres. Ahora, es la primera vez que este buque carga en 3ª á individuos como los mexicanos, que son curas y abogados y comerciantes.

—Una es la pobreza y otra la educación y el trato. Pobres son mis compatriotas los que vienen en 3ª; mas no están acostumbrados á vivir como gañanes. En México se vive de otra manera distinta que en Italia. Los pobres de la calidad de los que traemos en la expedición, comen con cuchara y tenedor y se hacen servir la comida en plato, y toman carne todos los días. En mi país solamente á los soldados y á los presos se les trata como ustedes acostumbran tratar á la gente de proa.

—Señor presidente, hágame favor de no exaltarse. Yo veo bien que los mexicanos merecen otra asistencia en los alimentos mucho mejor que la que reciben; pero yo que no soy más que un triste empleado, no puedo alterar el reglamento del buque, ni tengo los medios para mejorar la condición de los de tercera. Las quejas que V. me está dando debe dirigir las al Comisario.

—Llámeme V. á Mr. Easton, para hacerle mis reclamaciones.

En este momento se presentaba un hombrecillo de baja estatura, vestido con pantalón y saco de paño azul con botones dorados, llevando en la cabeza una cachucha del mismo color, metida hasta las orejas. Era el Comisario del buque.

—Señor Comisario, dijo el Secretario, acababa de recomendar á Galano que buscara á V. Tengo que hacerle muchas reclamaciones.

—¿Qué le ha sucedido á V.? preguntó en un español medio inglés.

—Señor, mis compatriotas los de tercera se quejan de hambre.

—¿De hambre?

—Sí, señor, de hambre; no se les ha dado carne el día de hoy.

—Pero si á bordo no damos carne todos los días en tercera clase. Generalmente viajan en esta categoría centenares de personas, y no podríamos traer la provisión de carne indispensable para servírselas diariamente. Además, los días en que no damos carne, servimos pescado, y todos, distribuimos el pan y el macarrón ó los frijoles, en tal abundancia, que nadie se toma las raciones que se le sirven. No veo por qué se puedan quejar de hambre los de tercera.

—Acabo de decir á Galano que mis compatriotas acostumbran comer carne todos los días, y no pueden pasársela sin ella. Por otra parte, el pescado no les agrada.

—Esto sí no puedo remediarlo. A bordo no podemos traer variedad de alimentos, y en tal abundancia, que á cada pasajero se le pueda dar lo que le agrada. Son los inconvenientes de la comida en comunidad y navegando; fuera de que si á la tercera clase se proporcionase la misma asistencia que á las superiores y las mismas comodidades, ó tendrían que aumentarse los precios de pasaje, ó nadie tomaría boletos de primera. Es necesario que comprendan ustedes que la Compañía tiene que arreglar todo á la proporción de los precios de pasaje. Que esto es un negocio, una especulación, y debe estar sujeto á las reglas del cálculo.